

tra y á favor de Dreyfus, la organización de los ciudadanos franceses, la conspiración contra las instituciones militares que últimamente ha manifestado: todo esto puede hacer creer que la república de Thiers y de Gambetta, debilitada y débil, es incapaz de resistir un ataque. Si así lo creen los políticos ingleses, si lo creen en el parlamento y en el club, el odio á Francia en la presente ocasión favorable á su causa sufrirá muy graves desengaños.

La Francia se prepara á la lucha y envía fuertes contingentes á sus colonias próximas y apartadas; levanta baterías en los puertos desguarnecidos; vigila el trabajo de sus maestranzas y arsenales; el sentimiento público, unido en una sola exhortación y fortalece al ejército formado en treinta años de vida nueva y de educación regeneradora. Francia cree que si la guerra estalla, Francia desprevendrá y podrá oponer una resistencia tenaz á sus enemigos. En tierra cuenta con una nueva generación militar, amaestrada en el triunfo en Dahomey y cubierta de gloria en Madagascar. En el mar tiene á su disposición una flota respetable, suficiente para defender los puertos principales ó para establecer fuertes guerrillas en el mar y hacer daño aislado á la escuadra británica. Además, si no se malogran las esperanzas fundadas en la navegación submarina, para antes de dos años, podrá con flotillas de «Gustavo Zedé» y de «Narval» buques sumergibles capaces de resguardar un puerto, oponerse á las flotas más poderosas y hacer terrible daño á los monstruos de la marina inglesa.

\* \*

Dados estos antecedentes que anuncian la inminencia de una guerra próxima, ¿qué esperanza hay de que se realice el pensamiento filantrópico del Czar? ¿Qué resultado práctico podrá tener la conferencia internacional del desarme, citada primero para San Petersburgo, anunciada después en Bruselas y hoy indicada en Amsterdam? ¿Qué espíritu podrá presidir las discusiones, cuando los ejércitos se hallan frente á frente y los buques de guerra con las calderas encendidas, para lanzarse en un encuentro formidable?

Indica el Czar, en su última circular diplomática á los gabinetes de las potencias, la necesidad de que se adopten en el futuro congreso de la paz resoluciones comunes para prohibir el uso de los explosivos modernos en caso de guerra, para desterrar el empleo de submarinos y para que todas las naciones se adhieran á las declaraciones del Congreso de Ginebra en cuanto se refiere á la guerra marítima. ¿Será posible que Francia suscriba las proposiciones de su aliada Rusia? ella que persigue en estos momentos la solución del problema de la navegación submarina, ¿renunciará de grado á un elemento poderoso que viene á nivelar las fuerzas de las naciones beligerantes en guerra naval? ¿Renunciará por ventura á sus conquistas en el fondo del mar, á los adelantos asombrosos que le prometen sus oficiales técnicos y serán, caso de realizarse, una verdadera revolución en la ciencia de destruirse cordialmente los humanos?

Mucho lo dudamos. Primero parecía que las viejas rivalidades y antiguos odios entre Alemania y Francia serían el obstáculo principal que se opusiera á la idea humanitaria de Nicolás II. Alsacia-Lorena, levantándose como sombra fatídica, anunciaba ser la nota dolorosa entre las predicciones de concordia del autócrata moscovita. Los episodios del Sudán y de Egipto, la evacuación de Fachoda y la retirada del explorador Marchand han venido á revelar un nuevo estado de cosas. Las ráfagas de inquietud y de hostilidad no soplan del lado de los Vosgos, azotan con rugidos de tempestad el mar de la Mancha, y levantan montañas inaccesibles de rencores y de ambiciones entre dos grandes pueblos en el occidente de Europa, que han significado por mucho tiempo el progreso y la grandeza de la raza humana.

\* \*

Pero tal es la condición de esta inacabable lucha por la existencia, que se manifiesta con idéntica crueldad entre las especies inferiores que entre los grupos supraorgánicos que forman las modernas sociedades.

Acudirán á la ciudad comercial de Holanda los plenipotenciarios de las naciones fuertes y de los pueblos débiles; se dejarán oír en las conferencias de Amsterdam la voz del Czar predicando la paz y aconsejando el desarme—de los otros—la palabra serena de los filósofos y la frase persuasiva de los publicistas hablarán de concordia y de unión; y entre esos cánticos á la fraternidad universal, entre esos himnos triunfales á la unidad de tendencias del humano linaje, y de los pueblos civilizados, encargados de llevar la Buena Nueva á los confines del globo, se escucharán los gritos de odio tradicionales, los rugidos de ambiciones históricas, las imprecaciones de rencores de raza; y los que soñaban, los que esperaban con ansia el reinado de la paz, sentirán caer una á una sus ilusiones en flor, porque á ella se oponen las naturales condiciones de los pueblos en eterna lucha, engendrando una guerra, unas veces como manifestación morbosa de

las sociedades, otras veces como instrumento de progreso para eliminar á los débiles, á los incapaces, á los rezagados, por medio de terrible y espantosa selección.

Triste y dolorosa condición de la raza de Adán.

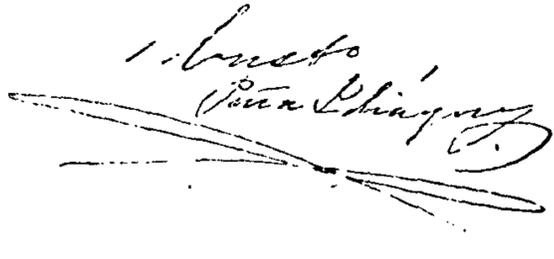
\* \*

P. S.—Como si el destino quisiera ensombrecer más las dificultades que pesan sobre la República latina del centro de Europa; como si un hado impío se complaciera en amontonar dolores y sembrar zozobras en la tierra bendita que fecundaron tantos mártires con su sangre, que tantos poetas cantaron con sus líras y tantos apóstoles animaron con su palabra; como si no hubieran de terminar jamás el período de prueba por que atraviesa Francia, desde que el 4 de Septiembre de 1870 se despojó de los ráfidos arambles del cesarismo, para ceñir la nivea túnica de la democracia: un nuevo motivo de congoja hay ahora para el alma-mater de los modernos pueblos latinos: M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa, acaba de morir.

Francia está de duelo; respetemos su justo dolor, y sobre la tumba del ilustre plebeyo, ante el sepulcro del que supo consolidar la alianza franco-rusa, esperanza y luz de los amantes de la paz, depositemos nuestra corona de siemprevivas. *Que Dieu proteje la France!*

Febrero 16 de 1899.

*1. Aneto*  
*Joaquín Tejada*



## LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

La Exposición de Bellas Artes, notabilísima en su género merced á la innovación introducida en ella de exhibir cuadros de pintores españoles en una sección especial, ha sido el acontecimiento artístico más importante de los últimos tiempos en la Capital y si se persevera en la idea de incluir en lo futuro una ó varias secciones extranjeras en esos certámenes, mucho se hará por la educación del gusto público, por la objetiva enseñanza de nuestros artistas y por la creación de un centro de movimiento artístico entre nosotros.

Cuando se recorren los salones de la Academia de Bellas Artes se disciernen tres de las principales tendencias que solicitan el arte moderno y de las grandes corrientes que lo impulsan. Esas corrientes y esas tendencias son: una constante preocupación por lo verdadero: una inclinación acentuada por trasladar al lienzo los más delicados matices de la pasión ó de la idea, es decir, una propensión psicológica dominante, y por último, un casi constante sacrificio del resultado al procedimiento, una preferencia marcada por la técnica, por el *modus faciendi*.

A estas tendencias, de las cuales la primera sacrifica á menudo lo bello á lo verdadero, la segunda propende á pintar almas y no cuerpos; ideas y no cosas, y la tercera á transformar el arte en un diletantismo pedantesco ó en un malvarismo ridículo, se opone un empuje retrógado que aspira á resucitar el prerrafaelismo y volver á los procedimientos y á las concepciones sandias, pero sinceras: infantiles, pero delicadas; inocentes y simpies, pero conmovedoras, de otra edad, de otras circunstancias. De esta última tendencia no encontramos huella en la exposición; pero sí de las otras.

El amor á la verdad, que en literatura lleva el nombre de realismo ó naturalismo, se revela en la plástica por un estudio detenido y científico de las formas y de los colores, por una traslación fiel de las fisonomías y de las actitudes, por un agrupamiento sabio y bien estudiado de los accesorios, de las arquitecturas, del atrezzo arqueológico, de la indumentaria, del mobiliario, etc. Dentro de esta escuela, para pintar un árbol hay que ser botánico, para dibujar un animal hay que profundizar la zoología, para esculpir un Hércules ó una Diana es forzoso impregnarse de anatomía y fisiología. ¿No se diga, cuando se trata de interpretar un suceso histórico ó un episodio legendario! Museos, bibliotecas, ruinas, excursiones, consultas y compulsas, bastan apenas para dotar al pintor del material ó instrumental necesarios para bosquejar la Toma de Granada ó la Muerte de César.

A alcanzada la perfección del género se llega, en el retrato, á la fotografía colorida; en el paisaje, al herbario; en la pintura histórica, al museo de antigüedades; en la escultura, al anfiteatro. En este orden de ideas descuellan como los mejores especímenes del género en los salones de San Carlos: «La Lista de la

Lotería» de Joaquín Tejada en la que todo, actitudes, expresiones fisonómicas, trajes, arquitecturas, es de una verdad palpante; casi todas las cabezas de estudio del mismo autor; las frutas y legumbres de esa ensalada de Noche Buena llamada «El Mercado de Sevilla» de Ricardo López Cabrera en que el polvillo de la uva, el aterlopelado del durazno, el satinado del gitomate, llaman la atención por su fidelidad y exactitud; los dos cuadros de A. G. Prieto: «Pórtico del Palacio Ducal de Venecia» y «Palacio» en la misma ciudad; la sección de hidroterapia de las «Escenas de Fábrica» de Benedito, en las que la figura de la extrema izquierda del cuadro ofrece un relieve y un escorzo de brazo dignos de todo aplauso; y entre las marinas, dos efectos de luna, la «Vista en Bayona» y sobre todo la «Noche de luna en Vigo» que es una verdadera joya. Hay en otros cuadros manifestaciones estimables de este modo de concebir la pintura: los paños y los tapices de la «Canción árabe» de Luis Gascó; la dama y su traje de la «Visita del Colon» de José Garnelo.

Este culto por la verdad no era la preocupación dominante de los pintores del Renacimiento, salvo en Flandes, y suele verse á La Virgen flanqueada de pajeclillos venecianos, vajilla china en las Bodas de Canaan, Stradivarius en manos de los ángeles y otras lindezas que no toleraríamos á nuestros contemporáneos. Digámoslo de una vez: lo verdadero es tan sólo un elemento del arte; pero no es todo el arte; además y en el fondo, lo que damos en llamar la verdad en el arte no es más que cierto género de convencionalismo. Para cerciorarse de ello ha sido necesario el descubrimiento de la fotografía instantánea; comparando las instantáneas sucesivas de un hombre andando, de una ave que vuela, de un caballo que corre, se adquiere la certidumbre de que ni dibujantes, ni pintores ni escultores han reproducido las actitudes positivas y reales del ser en movimiento, sino una especial, convencional que no es ninguna de las que sorprende y reproduce la cámara fotográfica.

Pero sea de esto lo que fuere, lo que es indiscutible es que el exceso de realidad, la meticulosa y rigurosa observancia de lo verdadero, daña, en general, á la obra de arte y que se necesita positivo genio para seguir siendo artista cuando se siguen los procedimientos del naturalista. Dentro de lo falso existen incontables obras maestras y producciones admirables del arte: Las mil y una noches, los cuertos de Perrault, las fábulas y mitologías, en literatura; las sirenas y tritones de Rubens, formando cortejo á María de Médicis, los ángeles y las aureolas, los celajes y luces celestiales de los cuadros místicos en la plástica; dentro de lo verdadero son contados los genios y sus creaciones; Rembrandt y Shakespeare realizan el prodigio de poder hacer á la vez verdad y belleza, con los cuerpos el uno, con las almas el otro.

La dosis de verdad y de ficción, los *tantos* de observación y de fantasía que deben entrar como ingredientes en la obra de arte sólo los encuentran los verdaderos genios; los talentos inferiores toman por uno ú otro de los dos atajos, y ó copian ó extravagan, y ó calcan ó delirán; ya veremos en la Exposición, ejemplos de una y de otra cosa.

No es menos poderosa que ésta la segunda de las enunciadas tendencias. Los griegos esculpieron cuerpos y se preocuparon de las formas materiales antes que de las almas que las animan; igual camino siguieron, en general, los artistas del Renacimiento. Los modernos, á través del cuerpo quieren pintar el alma; la expresión, la actitud, los accesorios han de revelar qué piensa el personaje, cómo siente, si ama ó aborrece, si goza ó sufre, si sueña ó calcula; en los ojos se ha de poder leer todo el drama interior: el combate de las ideas, en el fruncimiento del ceño; la lucha de las pasiones, en la crispación de la fisonomía; el desbordamiento de las amarguras en la contracción de los labios. En la pupila de Colón ha de mirarse el Nuevo Continente; en la frente de Darwin reflejarse el «Origen de las Especies.»

Dentro de este criterio estético, el problema es el siguiente: dado el retrato, por ejemplo, de Don Matías Romero, dejar ver claramente que él es el autor de la inmortal «Memoria de Hacienda» y permitir al espectador formar juicio exacto de la profundidad de sus cálculos financieros. El problema psicológico en pintura y escultura, dentro de ciertos límites, es resoluble y el principio es sano dentro de condiciones que limitan su aplicación; llevado á la exajeración es un rompe cabezas sin solución posible.

La plástica, como la música, tiene medios limitados de expresión; no alcanza á pintar las ideas puras, y si tan sólo los tipos fundamentales de las pasiones sin llegar á sus matices más delicados. Imposible es una sinfonía sobre el *Cuadrado de la hipotenusa*; absurdo un cuadro que pinte las maquinaciones del jesuitismo, ó la regeneración de la humanidad según A. Comte.

Cuando se olvidan estas inevitables restricciones se llega en pintura al geroglífico. Ejemplo patente de ello es «La Huelga de modelos» de Antonio Muñoz Degraín. El pintor representa media docena de majas al rededor de una mesa, en un bazar con honores de taller; un fantasmón largo y escueto como un plumero pinta en el muro un toro, un matador y rótulos de *Olé Salero! Viva la gracia!* Qué quiere de-